

CUENTO N° 172

TÍTULO: LA SOLEDAD DE LOS RELOJES

SEUDÓNIMO: BEN JONSON

AUTOR: OSCAR CÉSAR GONZALEZ CAMPOS

La soledad de los relojes

Ben Jonson

En la madrugada de hoy, a las seis en punto, calladamente dejó de latir mi reloj. Lo encontré en la mesita de mi dormitorio donde cada noche lo dejaba antes de dormir. Como ocurre siempre ante una pérdida tan inesperada, me cuesta sobreponerme a la idea de que ya no lo llevaré conmigo.

Como si caminara entre espacios más amplios me siento perdido entre los horarios imperturbables del día, embistiendo compromisos entre atrasos y adelantos como un minotauro desolado en que el tiempo es mi laberinto. Me dicen que con otra pila revivirá, pero ya no creo en milagros. Con ese trasplante diminuto ya no sería el mismo.

Me lo trajo mi compadre Juan Guillermo, de Nueva York, junto a otro exactamente igual que usaría él. “Está inspirado en el Omega Speedmaster de 1957, considerado el reloj definitivo, el que acompañó a Buzz Aldrin a la luna,” - susurró con un dejo de emoción cuando me lo entregó.- “pero diseñado por Víctor Vasarely, el padre del Op Art, para el MoMA en 1965”. Nuestra probada amistad de inquietudes gemelas quedó sellada con estos dos relojes idénticos que agregarían desde ese día un pulso diferente y similar a nuestras muñecas.

“Son dos relojes exclusivos, no habrá otros iguales en Chile”, dijo, sobrepasando con su orgullo mi preocupación por el futuro de tan magnífico regalo. En este país de originalidades aseguradas, de mercado al por mayor, en que todos

quieren lo mismo, en el mismo lugar y al mismo tiempo, es difícil encontrar repuesto para lo que es único. Lo singular está condenado a una vida breve.

Cuando lo examiné con detención me di cuenta que en realidad era un reloj excepcional, abstracto, oscuro, que si lo miraba fijamente transmitía una impresión de movimiento, que permitía entrever la existencia de imágenes ocultas entre sus destellos y vibraciones, obligándome a buscar esas figuras con leves movimientos en círculo de mi muñeca para poder captar completamente el efecto óptico. Indudablemente era toda una obra de arte del Op Art.

Era difícil apartar la vista de este reloj pulsera asombroso, solitario, de esfera y números negros y punteros también negros en el que era difícil ver la hora. Sobre todo de noche cuando la luz tenue disminuía los pequeños contrastes y todo el reloj adquiría el aspecto de un brazalete de azabache mimetizado con las sombras.

Y aunque la dificultad para ver la hora comenzó pronto a obligarme a cambiar algunos compromisos obligados y a adelantarme a las citas más ansiadas, nunca dejé de usarlo, porque me di cuenta que el reloj alentaba en mí la tentación de hacer sólo lo que deseaba realmente y lo comprendí muy claramente en una de esas noches más amplias que otras noches. Mi vida regulada, impuesta desde afuera, me había parecido normal hasta que me di cuenta que había vivido siempre sin la posibilidad de la pasión, que la realidad diaria no cesaba de alejar.

Era un sentimiento confuso, como pretender rescatar lo que no conocía, pero que presentía oculto en algún lugar de mi existencia.

Desde que comencé a llevar el reloj sentí que estaba viviendo mi propia biografía en forma deslumbrante, en un estado parecido al que sentimos cuando se enciende el alma ante el nacimiento de un gran amor. Empecé a percibir las transformaciones poco a poco, en la cotidianidad de los días fueron apareciendo las razones de las cosas, el cambio diario en los colores de una flor o en los brotes verdes de las hojas, en el tallado de la escarcha de los vidrios de las casas que se evaporaba en un destello tornasolado en las mañanas cuando el sol irrumpía nuevamente.

Se hacían evidentes todos los milagros en lo puro de la naturaleza, con una constancia y magnificencia inagotables en el ambiente. Emergía frente mí todo lo que no había podido ver y donde pude encontrar por fin una lógica para maravillarme, para amar, para existir, para envejecer y finalmente morir sin rebelarme. Hasta ahora había renunciado voluntariamente a vivir verdaderamente, pero surgía en mí una creciente fuerza interior con un deseo profundo de transformar mi vida y de darle una realidad que la muerte no pudiera deshacer.

Rápidamente comencé a dedicarle más tiempo a lo verdaderamente importante y no al revés como lo había hecho siempre, sin necesidad de intentar restituirlo o deplorarlo después de una crisis o de un duelo como le sucede ya tarde a mucha gente. Más cercano a todo lo que amaba, donde había más encanto y sin

la tiranía de las horas todo comenzó a tener sentido, a ser más auténtico y verdadero.

Cuando declinaba el día, tenía claro que no podría ver los números ni los punteros confundidos en ese pequeño talismán negro y palpitante y que las invisibles horas se convertirían en una exploración con resultados impredecibles y misteriosos; y que no podía seguir aguardando el momento oportuno porque me perdería el presente.

Se abría una tregua sin límites a mi propia percepción y a la imaginación infinita que llenaba mi alma de paz y esperanza. El tiempo con sus limitaciones estaba ahí, al alcance de mi mano, pero sólo volvería a ser real con el sol del nuevo día.

Pero todo cambió repentinamente desde las seis de la mañana. No me atrevo a llamar a Juan Guillermo para contárselo. Hay muchos mitos sobre lo que ocurre cuando muere un gemelo, que al otro le sobreviene lo mismo, que es simultáneo, que no se puede eludir el destino común, en fin. No quiero pensar en lo que le sucedería a su reloj si se llegara a enterar.

Me desvelo cavilando si los relojes en su silenciosa soledad sabrán que cada segundo desgranado al tiempo los acerca a su fin. Ensimismados en la orgullosa exactitud de su isócrona contabilidad, parecieran no tener conciencia de la fragilidad de los segundos, de lo fugaz de todo y que tarde o temprano también les llegará su hora.

Siempre me ha fascinado el tiempo de los relojes con su particular eternidad, un tiempo inmutable como el de los mares o como el que se respira por las noches

en el desierto de Atacama, o el de los ríos de mi niñez en Curicó que cuando vuelvo a contemplarlos están en el mismo lugar pero ya no son los mismos. Es el mismo tiempo percibido de los océanos y de la tierra, una suerte de inmortalidad del invariable universo temporal contra el que se proyecta lo efímero de la existencia humana, el estremecido latir de nuestro propio corazón en la inevitable brevedad de nuestra vida.

El tiempo caudaloso sigue corriendo eternamente arrastrándolo todo, llevándose consigo lo que antes nos concedió, incluyendo las esperanzas, la locura y la pasión de nuestra juventud.

Cuando lo encontré en la mañana ni siquiera intenté revivirlo con movimientos bruscos ni golpecitos. Acepté su destino, que es también el mío y el de todos, inesperado, definitivo, sin anuncios. Lo levanté de la mesita clavando esperanzado mi mirada en su círculo mágico, sin lograr reencontrar alguna de sus antiguas imágenes ocultas, tampoco era igual la sensibilidad de su negra estructura que siempre se enfriaba en la noche cuando le quitaba el calor de mi muñeca, ahora quizás por la pena o quizás por la confusión que dejó este reloj en mi corazón, lo sentí más frío que nunca, con sus punteros rígidos transformados en una única línea negra vertical con su tiempo suspendido como en una antesala.

Se desvanecía la belleza tan profunda y sorprendente que habíamos compartido, el sueño de cambiar la realidad había terminado. Con la delicadeza de todas las despedidas lo devolví a su estuche como a un sarcófago, para que su influjo continuara siendo un sueño.